

¿Qué hacer con el ILV?

David Stoll *

Cuando en el siglo diecinueve los pioneros blancos emigraban al oeste norteamericano, según la versión de Hollywood, siempre llegaba el momento en el que éstos se encontraban atacados por los pielesrojas. Rodeados por hostiles, los pioneros ponían sus carretas en círculo para repelerlos. En los últimos quince años, algo similar ha venido ocurriendo con el Instituto Lingüístico de Verano (ILV) en América Latina. En este caso, los hostiles son antropólogos, la izquierda y otros nacionalistas. A veces, éstos tienen como aliados a curas católicos además de organizaciones nativas. Y la Séptima Caballería llega por fin al rescate, personificada por altos funcionarios de gobierno, militares e incluso embajadas norteamericanas.

Antes del término de su período presidencial Alan García habrá de abordar el tema de qué hacer con el Instituto Lingüístico cuyo convenio expira en octubre de 1989. Lo mismo deberán hacer respecto de esta controvertida institución los peruanos que quieren superar un estilo de dependencia que evoca la era del guano.

Ya que el ILV muchas veces sólo ha sido entendido a medias conviene presentar la estrategia básica del grupo. En los primeros años de la organización, su fundador Guillermo Townsend explicó que el grupo se dedicaba a superar dos de las barreras que el Protestantismo enfrenta entre los pueblos nativos. La primera es la del idioma, para lo cual el grupo se ha dedicado a la lingüística y a la traducción de la Biblia. La segunda barrera, explicó Townsend, era la oposición política y, para superarla, el ILV tomó la de-

cisión de no presentarse como una misión evangélica.

En lugar de explicar que está dedicado a formar iglesias evangélicas en cada uno de los grupos idiomáticos donde trabajaba como institución lingüística, el grupo se ha presentado como una institución científica y humanitaria. Para defenderse de las inevitables reacciones el ILV firmó convenios con los gobiernos ofreciendo estímulos como servicios de vuelos, escuelas bilingües y otros programas de integración. Proporcionando tales servicios el Instituto logró una y otra vez convencer a funcionarios y militares de ser una institución de gran utilidad para el Estado. En 1953, en el Perú, cuando la Iglesia Católica descubrió el verdadero propósito del ILV y lo denunció como lobo disfrazado de oveja, el gobierno de Manuel A. Odría se puso del lado de los norteamericanos.

Han pasado ya diez años desde que antropólogos, lingüistas y otros intelectuales trataron de expulsar al ILV del país. Bajo el gobierno militar de Morales Bermúdez, en 1975-76, el Instituto fue acusado de ser fachada de la CIA, destructor de las culturas indígenas y cosas por el estilo.

Ya no debería ser necesario hacer otro listado de las maldades del ILV. Sin embargo, es importante anotar que entonces hubo relativamente poca participación indígena en la campaña contra el Instituto. En Colombia y Ecuador en cambio sí la hubo y de manera significativa. Y no es que sea difícil toparse con indígenas peruanos que tengan desacuerdos con el Instituto.

En parte, su ausencia se debió al hecho de que hace una década existían muy pocas organizaciones nativas en la selva. Pero también podría deberse al tipo de argumentos contra el ILV esgrimidos de manera predominante que poco tenían que ver con las reivindicaciones nativas. Ya que la campaña contra el Instituto fue mayormente cosa de blancos, conviene reflexionar sobre las acusaciones de entonces.

Una acusación principal contra el ILV era la de destruir las culturas nativas. No hay duda que el ILV ha tenido un efecto erosionador e impositivo sobre los sistemas culturales de la Amazonía. A sus bases de apoyo en los Estados Unidos el Instituto promete que no dejará un grupo nativo hasta que haya un 'núcleo de creyentes', es decir, una iglesia. Ello es necesario pues el Instituto parte de una concepción milenarista que supone que Jesucristo no volverá para construir su Reino de mil años hasta que haya creyentes en cada pueblo nativo del mundo. Naturalmente, en algunos grupos muchos indígenas han hallado suficiente de bueno en la nueva religión como para convertirse. Pero, ¿qué de las numerosas comunidades que no quieren nada que ver con el evangelismo o que quieren guardar cierta distancia? Y más aún ¿qué de la gran mayoría, aquellos que insisten en interpretar la nueva religión a su propia manera, sin cumplir con todos los requisitos de las misiones?

De la misma forma, el ILV ha tomado para sí el derecho de seleccionar lo que es bueno y lo que es malo de las culturas nativas, según sus propios criterios norteamericanos. Un ejemplo bien conocido son las campañas contra el masato y otros elementos de la cultura que no resultaran del agrado de los misioneros. El Instituto fomentó el divisionismo, escogió a sus propios líderes, concentró a la población alrededor de las escuelas bilingües y le creó a la gente problemas de orden social y ecológico.

Sin embargo, también hay que reconocer que, de una u otra forma, muchos nativos han logrado defenderse. La figura del maestro bilingüe es elocuente. Al comienzo, el Instituto quiso utilizar a los maestros para

evangelizar a la gente, persuadirlos de aceptar la colonización y montar campañas contra aspectos de las culturas que no gustaban de los fundamentalistas evangélicos norteamericanos. Sin embargo muchos de los maestros y sus alumnos no aceptaron estas funciones y se convirtieron en defensores de su gente frente al ILV y a otros grupos de afuera.

En cuanto a otras acusaciones —que el ILV estaba esterilizando mujeres nativas contra su voluntad, extrayendo uranio, convirtiendo idiomas indígenas en códigos militares para el ejército estadounidense en Vietnam— no existen evidencias sustantivas que prueben este tipo de comportamiento.

Tampoco las hay en relación al cargo de que el Instituto sea una fachada de la CIA. Sin embargo sí contamos con información interesante, parte de la cual está directamente relacionada con el Perú. Cuando el entonces Primer Ministro General Jorge Fernández Maldonado anunció la expulsión del ILV en abril de 1976, los directores del Instituto estaban acudiendo a la embajada norteamericana en Lima en busca de consejos y de respaldo. No resulta totalmente claro qué es lo que la Embajada hizo en auxilio del ILV. Que hubo con seguridad alguna ingerencia lo demuestra la existencia de documentos oficiales norteamericanos accedidos mediante la Ley de Información Pública (Stoll 1985: 297 - 300).

¿Significa esto que el ILV es realmente una fachada de la CIA? Yo creo que no, por las siguientes razones. En primer, lugar, el ILV tiene su propia trayectoria como misión religiosa que data de bastante antes de la fundación de la CIA. En segundo lugar, el ILV tiene su propia base de financiación, muy amplia, en las iglesias evangélicas con sede en Estados Unidos. No necesita por tanto el dinero del gobierno norteamericano para funcionar. Y, en tercer lugar, a pesar de las solicitudes ocasionales de parte del Instituto a Washington de respaldo diplomático —solicitudes a veces rechazadas— el grupo ha mostrado un deseo de mantener una cierta distancia de su gobierno. No es difícil entender por qué: no quiere verse implicado en maquinaciones políticas sucias más allá

de sus propios propósitos religiosos y sufrir las inevitables reacciones nacionalistas. Mientras el ILV ha utilizado su identidad de institución científica de manera eventualmente conspirativa, no hay duda de que su juego es el de la propia conspiración evangélica.

Sin embargo la relación del ILV con su embajada en el contexto de la crisis de 1976 sí implica algo importante. Significa que para la embajada norteamericana el ILV constituye una institución valiosa. Lo es porque de surgir problemas supuestamente vinculados a la seguridad nacional estadounidense en cualquier grupo nativo de la amazonía peruana, se sabe que allá se cuenta con norteamericanos confiables que tal vez estén dispuestos o puedan ser forzados a proporcionar consejos. Es por esa razón que se puede decir que mientras que el ILV no es una fachada de la CIA, sí constituye un recurso o apoyo potencial para la política exterior del gobierno estadounidense. En este sentido limitado, los opositores al ILV en 1976 tenían razón. No es saludable que el Perú entregue gran parte de su política lingüística a una institución extranjera. Uno que otro experto está bien; ¿pero toda una institución extranjera como el Instituto Lingüístico de Verano? El Perú nunca entregaría su política indigenista a una institución chilena o ecuatoriana, ¿por qué sí a una norteamericana?.

La razón de esta situación aparentemente absurda tiene que ver con lo que se llama colonialismo interno. Es decir, el trato subordinado que la sociedad peruana está acostumbrada a dar a los ciudadanos indígenas. La enorme influencia del ILV no se debe sólo a sus envidiables recursos, a la dedicación de sus integrantes o a su destreza política. En el fondo se explica por el hecho de que el ILV viene de afuera para servir como intermediario entre la sociedad oficial y las sociedades indígenas. Se ha hecho tan influyente al brindar servicios valiosos tanto al gobierno peruano como a algunos indígenas. Utiliza su posición frente al gobierno para montar amplios programas de educación y desarrollo en las comunidades nativas; y utiliza la influencia ganada en éstas últimas para fortalecer su posición frente al gobierno.

Entre los resultados típicos de esta situación está el hecho de que el desarrollo de la etnolingüística como profesión nacional se haya estancado. No se trata solamente de que los norteamericanos del ILV sean gente muy trabajadora y sacrificada. Ya que los gobiernos peruanos han prestado más importancia a comprar armamentos que a apoyar el progreso social, la presencia del Instituto, autofinanciado desde los Estados Unidos, ha servido como excusa para no brindar apoyo a la etnolingüística nacional. Y esto no sólo afecta a los profesionales urbanos. Recuerdo a un joven maestro bilingüe del Marañón que tenía interés en estudiar lingüística. Un amigo suya del ILV tuvo que recomendarle que sería mejor profesionalizarse en otra cosa, como pedagogía. Por la falta de financiación nacional, postular para lingüista es como postular para ser astronauta e ir a la luna.

¿Cómo salir de esta dependencia? Una respuesta popular es expulsar a los gringos lo más pronto posible. Se puede decir que lo merecen. Pero como los opositores en diversos países han aprendido, a través de amargas experiencias, esto no resulta nada fácil. Y sin querer ser aguafiestas hay que decir que tal vez no valga la pena. Los que proponen expulsar al ILV sin más trámite tienen que asumir la existencia de varias realidades desagradables.

En primer lugar, el ILV sabe cómo luchar con fuego contra el fuego (con bastante eficacia). Cuando los opositores de 1975-76 acusaron al grupo de ser agente del imperialismo y frente de la CIA el Instituto y sus padrinos nacionales respondieron calificando a los opositores como subversivos. Expresado de manera reservada en altos círculos del gobierno y las fuerzas armadas —sin necesidad de recurrir a ruidosas campañas periodísticas como la oposición— este argumento resultó más poderoso y eficaz. Parece haber sido decisivo para que salieran al rescate del ILV, al igual que sucediera en Colombia.

En segundo lugar, resulta dudoso que un gobierno latinoamericano expulse al ILV a menos que esté enfrentado con el gobierno norteamericano por otros motivos. Los casos en que

el ILV ha perdido sus convenios en América Latina —en 1977 en Brasil, en 1979 en México, en 1979-81 en Panamá y en 1981 en Ecuador— han respondido a este tipo de coyunturas en mayor o menor grado (1). Aquí en el Perú es posible que sólo una crisis en la relación entre Lima y Washington —tal vez respecto de la deuda externa— proporcione las condiciones necesarias para actuar contra el ILV. ¿Por qué no aprovechar esta coyuntura?

La respuesta a esta pregunta tiene que ver con un tercer problema. Ocurre que la voluntad oficial de expulsar o cancelar el convenio con el ILV no necesariamente marcha junto con la voluntad de reemplazar sus servicios a la población indígena. Esta última cuesta no sólo una toma de conciencia, sino también dinero, ninguno de los cuales abundan en la mayoría de los gobiernos latinoamericanos y sus políticas indígenas.

En el caso del Ecuador, el decreto 1159 de 1981, que rescindió el convenio con el Instituto, asignó a diversas dependencias públicas las responsabilidades necesarias para reemplazar sus servicios. Sólo hubo algo que faltó en este decreto del fallecido Presidente Roldós: de dónde provendrían los fondos para las partidas presupuestales de los nuevos programas nacionales.

El no reemplazo de los servicios del ILV agravará seguramente una cuarta implicación probable de expulsar al ILV. Esta consiste en la división entre comunidades y organizaciones nativas. Ecuador servirá otra vez de ejemplo. Hasta la rescisión del convenio en 1981, los indígenas evangélicos del Ecuador trabajaron mayormente dentro de las organizaciones junto con los no-evangélicos. Por lo menos en algunas comunidades selváticas y serranas anteriormente divididas por los conflictos religiosos había indicios de que católicos y protestantes estaban aprendiendo a convivir y trabajar juntos. A partir de entonces el ILV resistió subrepticamente a la cancelación de su convenio sacando provecho del bien fundado miedo de sus clientes indígenas a perder lo que estaban acostumbrados a recibir. Con las polémicas en contra y a favor del ILV viejas

heridas se volvieron a abrir y los nativos volvieron a enfrentarse entre sí. Los dos bandos comenzaron a calificarse mutuamente de tontos útiles del imperialismo norteamericano o del comunismo soviético. Entonces los evangélicos salieron para formar sus propias organizaciones paralelas. Sólo cuatro años más tarde las dos facciones están empezando a hacer las paces.

Aquí en el Perú, el convenio actual del Instituto Lingüístico tiene vigencia hasta octubre de 1989. El ILV dice que, para esa fecha quiere terminar la mayoría de sus actividades en la selva y entregar la base al Estado. Hay que recordar, sin embargo que para el Instituto tales metas son bastante relativas. En los años cincuenta la filial del Perú afirmaba que terminaría alrededor de 1970. En este año del Señor dicen que será para 1989. Ciertamente es que en Bolivia el ILV está cumpliendo con su compromiso de terminar su programa en 1985.

En realidad el ILV sí tiene interés en obtener un nuevo convenio para ir más allá de 1989, pero probablemente mayormente para proteger su expansión en la sierra donde está

interesado en trabajar en hasta doce variedades dialectales del quechua. En la selva podría multiplicar los convenios de nuevo estilo ya existentes, acuerdos ad hoc para fines específicos y de plazo limitado a través de agencias evangélicas que trabajan en desarrollo comunal como Visión Mundial y Vecinos Mundiales.

Es importante anotar que la multiplicación de proyectos de desarrollo por parte del ILV se debe en parte a las demandas de los propios nativos. Son tantos los indígenas que realmente no encuentran mayor valor en las traducciones bíblicas, y la resistencia nativa a los propósitos religiosos del ILV es tan fuerte, que incluso algunos de sus propios miembros están tomando conciencia y empiezan a afirmar que preparar el camino para el Evangelio "tomará mucho tiempo". Mientras tanto los indígenas sí tienen nuevas necesidades económicas. Respondiendo a estas necesidades con proyectos de desarrollo, el ILV está apuntalándose en comunidades que pudieran volverse en su contra.

Sea que el ILV salga en 1989 o antes, conviene comenzar a programar la transferencia de funciones desde ahora mismo. Cuando a co-



Una respuesta popular es expulsar a los gringos lo más pronto posible. Sin embargo, una serie de realidades y estrategias deben ser contempladas desde ahora.

mienzos de 1976 parecía que el ILV podría salir en menos de un año, se dice que los lingüistas peruanos entraron en pánico. De formación muy reciente para entonces, se preguntaron ¿ahora qué hacemos? Decididos a evitar el mismo sentimiento para 1989 profesionales peruanos hablan ya de diversos pasos para facilitar la transición.

Uno de ellos sería asegurar más participación de lingüistas peruanos en la base del ILV en Yarinacocha para conocer a fondo y en detalle las funciones de investigación, educación y desarrollo que éste desempeña, identificar lo que habrá de ser reemplazado y la situación de la educación bilingüe en cada grupo nativo. Dado que el ILV ha vuelto a su política original de enamorar a los profesionales peruanos éste podría ser un paso con el que esté de acuerdo. El convenio de 1979 preve el otorgamiento de algunas becas para lingüistas peruanos, cláusula que aparentemente no estaría siendo cumplida.

Los conocimientos ganados a través de dicha colaboración podría fortalecer diversos otros esfuerzos en la educación bilingüe, programas bastante más pequeños pero que sin embargo han quebrado el monopolio del ILV en este campo. Desde los años setenta ha surgido toda una industria intelectual de libre empresa en la educación bilingüe. Naturalmente la improvisación, falta de financiación y la ausencia de personal experimentado son objeto de quejas constantes. Sin embargo, debe tomarse en cuenta que la alternativa de una oficina central dotada de amplios poderes podría dar lugar a un nuevo sistema monopolizante de clientelismo. Este tipo de alternativa es, por lo demás, muy vulnerable a recortes presupuestales.

Por otra parte, un objetivo que une al sector peruano actual es capacitar a los indígenas para administrar al máximo sus propios asuntos. Con un mínimo de coordinación y recursos, los programas peruanos actuales podrían montar equipos móviles compuestos por dos o tres profesionales peruanos para proporcionar los aportes más necesarios directamente a los sistemas locales de educación bilingüe que los soliciten. De esta for-

ma, los maestros, comunidades y organizaciones nativas mantendrían algún control sobre lo que los expertos de afuera hacen, la competencia entre las instituciones podría tender a mejorar los niveles técnicos y la dependencia presupuestal no iría mucho más allá de la planilla magisterial.

Algo que no tiene mayor sentido es montar un nuevo ILV nacional sin religión en la base de Yarinacocha. Además del alto costo de mantener allá un equipo completo de profesionales, para no mencionar el del servicio de vuelos necesarios para mantener la comunicación con comunidades nativas, pareciera que una fórmula de este tipo no sería necesaria. Uno de los logros del ILV es haber comenzado a equipar a los mismos nativos, en especial los maestros bilingües y sus alumnos para encargarse ellos mismos de la educación y otros servicios sociales. Como explicó un representante indígena en la campaña contra el ILV en 1975-76, las comunicades nativas ya no necesitaban más burócratas de Lima. Necesitaban apoyo. Si la época heroica de la conquista de la selva ya pasó, es tiempo de pensar en cómo fortalecer las capacidades y organizaciones nativas para administrar y controlar sus propios asuntos.

El punto no es sólo reemplazar al Instituto Lingüístico de Verano. El tema del ILV debe servir para concientizar no sólo acerca de la intromisión extranjera, sino sobre las debilidades nacionales que han dejado el campo abierto para la prolongada injerencia foránea de esa institución en el Perú.

No puede abordarse el tema del ILV sin considerar las implicaciones de la burocracia estatal en la Amazonía, la falta de respeto a los derechos indígenas a la tierra, el fracaso de encontrar formas apropiadas de desarrollo ecológico para la selva y mil otras oportunidades perdidas de brindar apoyo a la autogestión indígena. Es decir, construir una patria que sea también para los indígenas amazónicos. En este sentido, el ILV debe servir como un espejo ante el cual los peruanos tomen conciencia de las contradicciones internas de las que los extranjeros han sacado tanta ventaja.

Elaborado en base a una ponencia presentada el 28 de junio de 1985 en una asamblea de AIDSESEP. Las opiniones expresadas por el autor no son necesariamente las de Amazonía Indígena que invita a comentarios sobre el tema.

(1) A principios de 1989 el ILV logró un nuevo y generoso contrato en el Brasil; en Colombia ha recibido la renovación de su contrato de alquiler de la base aunque siguen las presiones para su salida. En México mientras tanto, los lingüistas están perdiendo sus visas y en el Ecuador continúan sin contrato pero terminado 4 traducciones de la Biblia con el apoyo del gobierno conservador de León Febres Cordero.